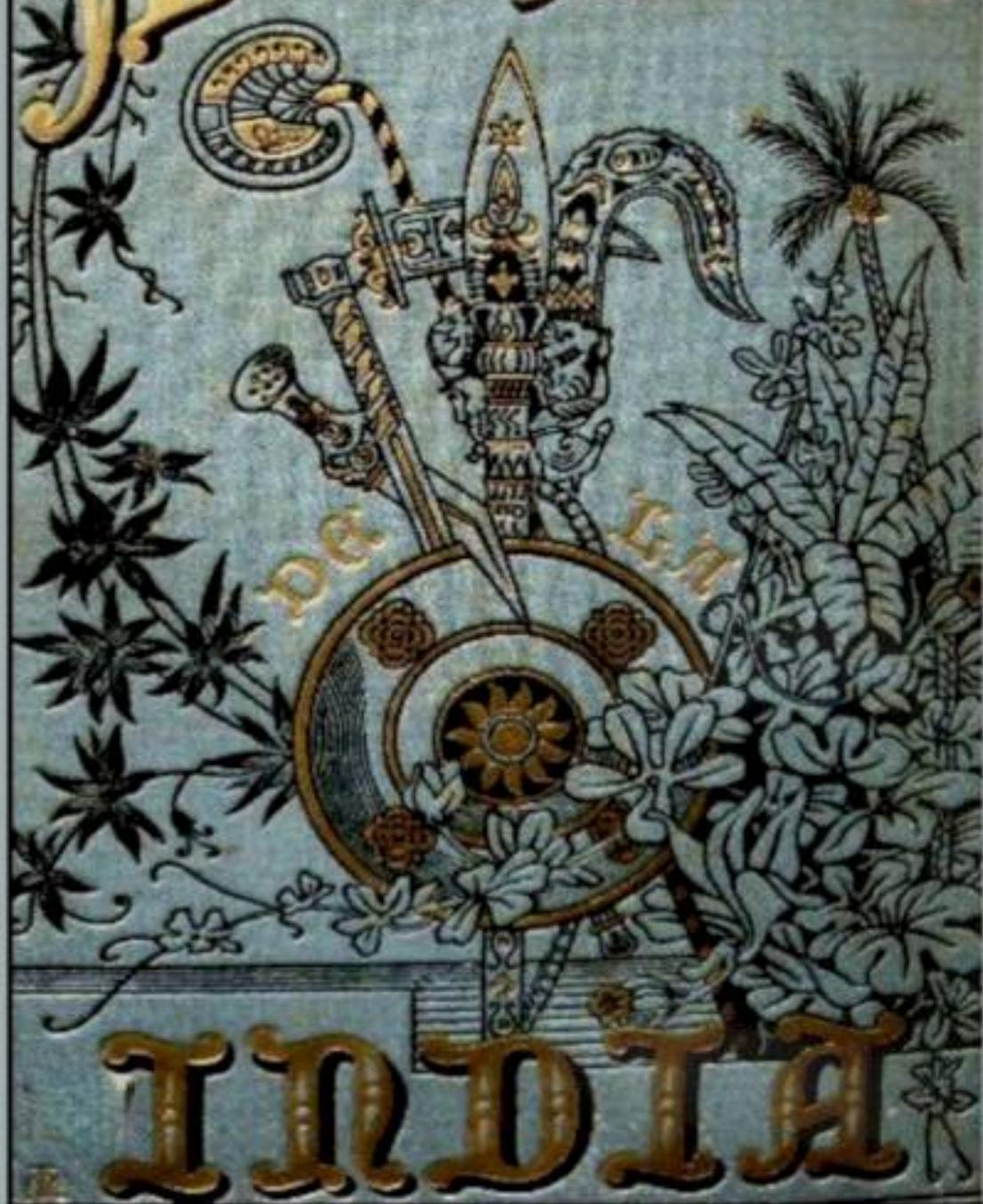


A TRAVÉS



INDIA

Extenso y pormenorizado diario de un viaje a la India en 1890, como consecuencia de haber aceptado el autor la representación de una empresa inglesa en aquel país.

Índice de contenido

Cubierta

A través de la India

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Notas

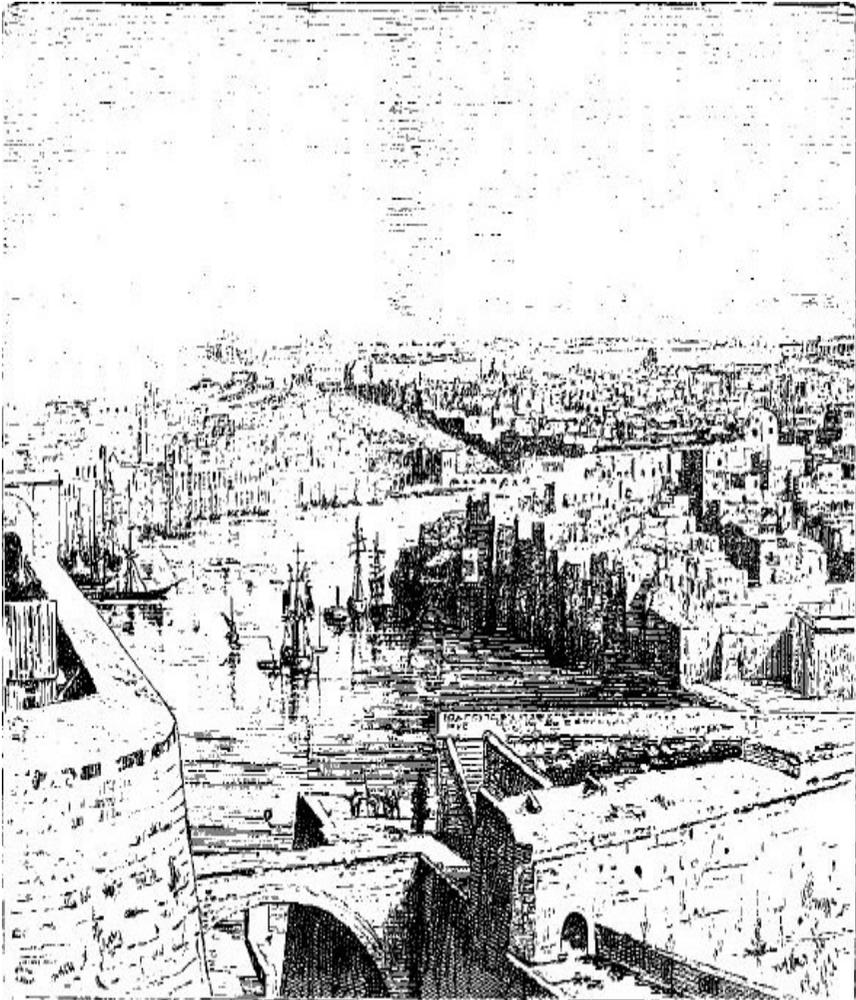
Capítulo I

De Londres a Aden.

Azares de la fortuna me llevaron el año de 1889 a aceptar la representación de una casa inglesa en la India. Mi permanencia de algunos años en nuestras posesiones oceánicas y la afición que sentí desde entonces a la vida del Mediodía asiático fueron motivo a que, sin pesar alguno, admitiera la proposición. Hechos los preparativos de viaje, me embarqué en Londres el 20 de octubre, a bordo del *steamer Blue Cross*^[1], con destino a Calcuta.

No he de entretenerme en describir mis impresiones de viaje desde las orillas del Támesis hasta embocar el estrecho, como no sea para consignar la inevitable impresión de cólera que todo buen español experimenta al ver flotar insolentemente el pabellón inglés en lo alto del peñón de Gibraltar. Por fin, se pierde de vista la bofetada, y los ojos se consuelan acariciando las blancas cumbres de Sierra Nevada y el risueño litoral andaluz.

Siempre a poniente. Escala en *Lavalette* el día de Difuntos.

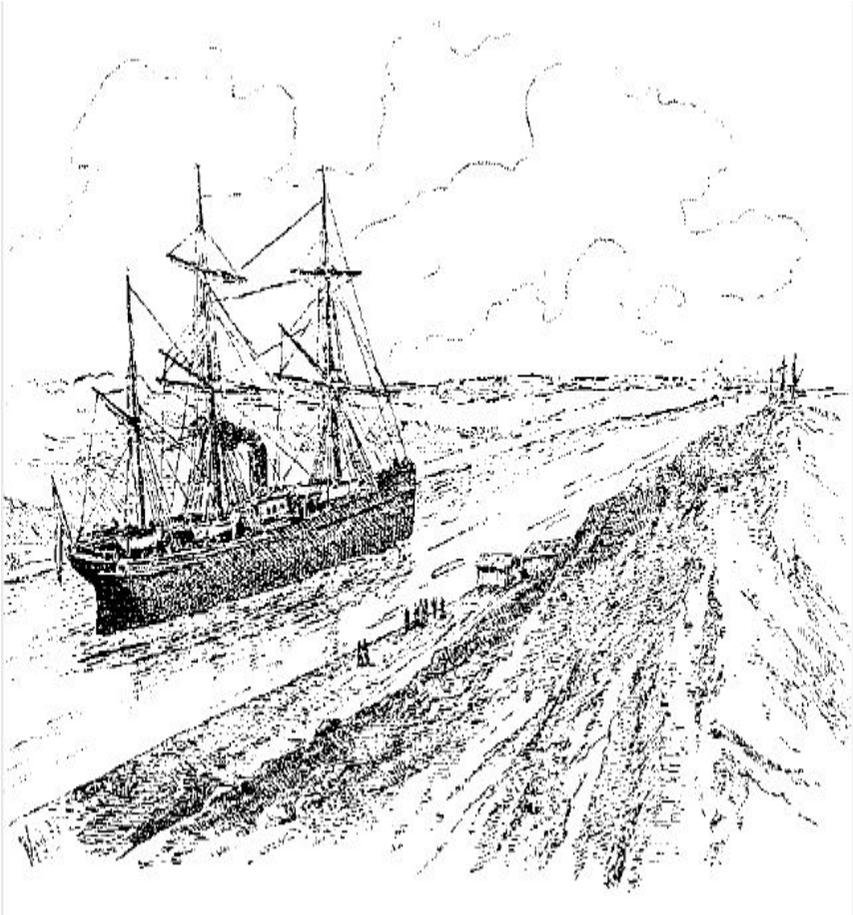


Lavalette (Malta).

Proseguimos la marcha corriendo el 35.º paralelo y pasamos casi rozando con la isla de Candía, sede del grande legislador Minos y cárcel del Minotauro. La antigua Creta se ofrece hoy a la vista del viajero como una isla árida, rocosa y cruzada de dentadas sierras. Costeamos luego otra isla, muy bonita (la de Gazza), y nos encontramos a poco en alta mar, sin otro horizonte que agua y cielo.

Divisamos la costa de Egipto el día 6 de noviembre, al ponerse el sol. Nada más extraño que la mancha blanca que se extiende ante nosotros en forma de plano inclinado. Brilla a lo lejos el faro de *Port-Said*, cimentado sobre diques. Hermosa obra de ingeniería que revela hasta qué punto el hombre puede hacerse dueño de la Naturaleza e imponerle su voluntad.

Madrugamos para recorrer *Port-Said* antes de que pi- que demasiado el sol.



El canal de Suez.

Tratase de una ciudad improvisada, con muchos *boutiquiers*^[2] franceses. La primitiva villa árabe, modelo de pobreza y suciedad, se ha quedado formando cola a la nueva población de cal y canto.

A las dos de la tarde, y hecha nuestra provisión de cok, zarpamos para entrar en el canal. La obra de M. Fernando de Lesseps atraviesa casi en línea recta los arenales desiertos que por tanto tiempo cerraron el paso a la navegación. Todo el trayecto del canal está bordeado de estaciones de señales, con grandes mástiles con banderas que indican si hay paso franco. Como el canal no es bastante ancho para que puedan navegar por él dos barcos en conserva, el primero que llega es el que lleva el derecho, mientras que el otro debe esperar le llegue el turno, resguardándose en la ensenada de cada estación.

Las estaciones, parecidas a las de nuestros ferrocarriles, son muy lindas, y lo serían, aunque no fuese más que por el jardincillo que las rodea. Esos árboles, tiernos todavía, forman verdaderos oasis en medio de los arenales.

Al llegar a mitad del canal aparece la verde *Ismailia*, tan pequeñita como graciosa, rodeada de quintas. En esta parte del canal, la laguna que hay inmediata es tan vasta que parece otro mar. Y, sin embargo, ¿quién diría que toda esa extensión líquida, cuyo horizonte se confunde con el cielo, era no hace muchos años una sábana de agua ocupada casi toda ella por bancos de sal? Ya no queda hoy ningún banco, volados todos ellos por medio de barrenos.

El día 9 de noviembre de 1889, al mediodía, llegamos a Suez, donde recalamos algunas horas, y hétenos ya por fin fuera del canal en pleno Mar Rojo. Por espacio de algunas horas podemos contemplar con toda satisfacción África a un lado, Asia al otro, hasta que pasado el Sinaí el mar se ensancha.

Al rayar el siguiente día nos encontramos ya en la zona tórrida. No se siente mucho calor aún (32.º a la sombra),

pero no hay que desesperar: ya nos asaremos, ya nos freiremos, ya nos achicharraremos; bien me consta. Puede que no se experimenten aquellos horrores de los 45.º que he sufrido a veces, pero de todas maneras preparémonos a sudar y a languidecer y a envidiar a los que viven sin haber tenido nunca tratos con sastres ni camiseros. ¡Ay de nosotros dentro dos o tres días! Entretanto, los pasajeros se divierten contemplando la bandada de delfines que nos van siguiendo (no bajarán de un centenar), y las cabriolas de los peces voladores que salen a echar una cana al aire.

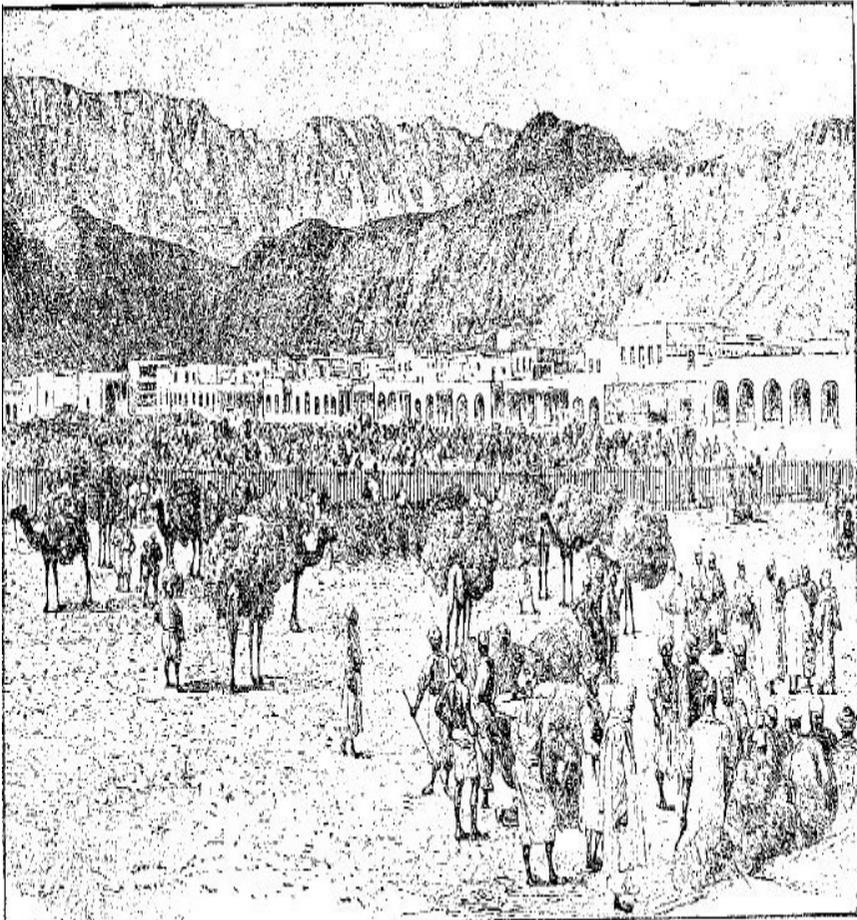
16 de noviembre, 1889.-Vemos de lejos a *Massauah*, capital de la flamante Colonia Eritrea, o, como tan ambiciosamente dicen los geógrafos del Quirinal, del África italiana. Mucho mucho calor; húmedo y derritiente. ¿Dónde diablos han ido a meterse esos infelices? ¡Qué calor debe sentirse allí! Porque lo que es a bordo, a nadie es capaz de hacersele levantar de la butaca de lona, en que cada mortal está, más que tendido, yacente.

Como de costumbre, desde que navegamos por los trópicos, la toldilla está formada por una doble tienda, que oculta lo mismo el mar que el cielo; pero aún con eso no se libra uno de sentir verdadero horror a la luz cuando los ojos se sienten heridos por el furtivo rayo que se desliza a través de alguna rendija. ¡Vaya unos mares como hay en nuestro planeta! Lo que es ese señor Mar Rojo se porta de tal manera que debieran cambiarle el nombre y llamarle el mar Candente.

El caso es que uno cree que a lo mejor va a entregar el alma, de puro liquidado. Un pobre italiano que se ha dignado tomarme por su paño de lágrimas no cesa de exclamar a cada instante: *¡Si va tutto in acqua!*^[3] *¡Si suda come bestie!*^[4] El infeliz no recuerda que sus pobres pai-

sanos se están ahí enfrente en permanencia, sudando todavía más que nosotros.

Ni aun a puesta de sol se quita la tienda, descorriéndose tan sólo el *velarium* e iluminándose la cubierta con lámparas Edison, que se apagan a las once.



Aden.

Como pasamos las noches sobre cubierta, al sereno, tendidos a la bartola, se puede apreciar el cambio que, a la vista, ofrecen las constelaciones del firmamento; el más distraído echa de ver que cada noche se adelantan más hacia el Norte. En pocos días han dejado de verse tres es-

trellas del Carro, mientras que, en cambio, chispean con encendido fulgor las cuatro puntas de la Cruz del Sur, hacia proa. El cielo es aquí tan claro, tan despejado, que se comprende muy bien la afición que sintieron los árabes hacia la astronomía. El firmamento parece convidar en estas latitudes, y con estas calurosas noches, a que le examinen. Porque no parece sino que aquí haya más estrellas que en nuestra templada Europa; por lo menos, y esto es segurísimo, brillan mucho más. Perdónenme los geógrafos mis heréticas expresiones.

A las cuatro amanece ya y volvemos a la carga. Córrese el *velarium*, y los infelices pasajeros volvemos a quedar encerrados entre cinco paredes de lona, como en un panteón. Por fin, al cabo de dos días, franqueamos el estrecho de Bab-El-Mandeb, dejando a estribor la isla de Perim y orzamos al E.

18 de noviembre, 1889.-Aden. ¡Te conozco, oh infernal escala! ¡Aden, tierra de la aridez, del aburrimiento, de la sed, del calor y del carbón! Si no fuese ya de por sí una isla volcánica, bastaría pasar aquí unas cuantas horas para calificarla de volcán de veras. Hasta el Mar Rojo parece fresco cuando se fija la mirada en esas rocas negras y peladas, abrasadas por el sol y salpicadas de blanco por los bungalows y casas de campo (¡si vale llamarlas así!) de los funcionarios ingleses e indígenas.

La situación de Aden se parece mucho a la que ocuparía un pueblo emplazado entre Gibraltar y Algeciras, esto es, entre dos peñones. La bahía es asaz espaciosa para contener quince o veinte escuadras y todo alrededor se ve erizado de torres, baluartes y castillos. Realmente es Aden una llave que conviene guardar mucho.

La población se compone de dos partes: la una, que aparece de pronto, es la ciudad europea, y consiste en una plaza semi-elíptica con casas de planta baja en su ma-

yoría y porticadas, y las de un piso con galerías en vez de balcones. Detrás de esta decoración se extiende el muladar árabe, imagen asombrosamente exacta de la Torre de Babel, pues no hay día en que por aquellos cafetuchos y tabernas no se hablen lenguas de las cinco partes del mundo.

Todos saben que en esa roca de la Arabia no llueve casi nunca; siendo ridículo empeño querer recoger agua llovediza en los aljibes. Hay que contentarse con beber vino, y en todo caso agua de mar destilada, si es que no se quiere hacer uso de agua mineral, traída de Europa y pagada a peso de plata: Vichy, Vals, Saint Galmier, Pullna. Este puerto es el centro de embarque del moka.

Abundan en Aden los tipos pintorescos: barberos ambulantes, aguadores, pescadores, negociantes güebros^[5] o árabes, soldados indígenas, semejantes a coristas escapados de Lakmé; pero únicamente hacen su aparición en las primeras horas de la mañana o por la noche.



Aguadora, de Aden.

Durante el día es imposible exponerse a salir de casa sin riesgo a perecer tostado. Y, sin embargo, esta ciudad, que tiene fama de ser la más calurosa del mundo, puede alardear de ser también una de las más salubres, lo cual, según dicen, es debido precisamente a su absoluta carencia de vegetación.

No hacemos sino dar una vuelta por el bazar a las primeras horas de la noche y regresamos a bordo, huyendo de la quema.

El principal elemento de la población árabe está constituido por los negros Somalis, buenos mozos, guapos, y con una nariz aguileña que denota su origen semítico. Y aún serían más simpáticos si no tuviesen la ocurrencia de azufrarse los cabellos, lo cual les presta, naturalmente, un aspecto estrafalario. Vienen luego los malayos, los chinos, los indianos, judíos, árabes y toda la caterva marinesca de los diez o doce vapores anclados en la bahía.

19 de noviembre, 1889.-Por fin levamos anclas y nos largamos de este lugar, inventado, sin duda, para dar un *avant-goût*^[6] de las tremendas penas del infierno. Antes de cortar las amarras, una nube de chiquillos se acerca nadando a bordo, para que les echemos algo. Es costumbre aquí poner a prueba la destreza natatoria y juvenil de esos somalíes, botando al agua algunos chelines que ellos cuidan de bajar a recoger, exponiéndose con harta frecuencia a que les practique gratis algún tiburón la amputación de la pierna o del brazo. Esa raza fatalista no parece prestar grande importancia a tales incidentes.

Vuelta a nuestra tienda de lona. Mi italiano (*signor Salvatore Scripanti*) es decididamente un hombre como hay pocos: ha permanecido ocho años en una isla del Amazonas, en Venezuela, pescando perlas, alimentándose lo más